

4.- *El que lo encuentra se lo queda*

La luz del sol que caía sobre mi rostro me despertó. Era la primera mañana del resto de mi vida en los Balcanes y esboqué una sonrisa de alegría sin moverme del lecho. Sin embargo, en cuanto noté que Seokjin y El se habían levantado me puse de pie de un salto. No quería perderme de nada. Corrí a la cocina y me encontré con que mi primo ya se había lavado y estaba listo para desayunar antes de emprender el viaje. El, por su parte, había abierto todas las ventanas para que la casa se ventilara y terminaba de comer lo que de inmediato supe era un plato de popara, que consistía en cubos de pan de trigo endurecido del día anterior, los cuales eran hervidos en leche con algo de mantequilla y azúcar.

—¡Buenos días! —exclamé, estirándome cuan largo era —¿Tan temprano te vas, Seokjin?

—Son las 9.30 —dijo, sirviéndose un plato de popara —El cochero pasará por mí en media hora —Me puse algo nostálgico y deseé conocer algún hechizo inofensivo capaz de retenerlo allí con nosotros pero tuve que resignarme a su partida. Mientras él desayunaba, El me enseñó el exterior de la propiedad: la fosa séptica, la cual quedaba en un cobertizo de ramas separado de la casa, consistía básicamente en un hoyo de gran profundidad cavado en la tierra. El me explicó que debía echar cierta cantidad de tierra dentro del hoyo tras hacer uso de él, y señaló una pala que siempre dejaba allí para ese propósito. Había una gran palangana de agua en una esquina del cobertizo para asearse de modo que el agua cayese en el piso de tierra, y me dije que no estaba nada mal. En cuanto a un aseo más completo, tendría que ser en la vertiente helada a la cual llegué tras dar unos pocos pasos, guiado por el rumor del agua. También podría recoger agua y calentarla un poco en la chimenea para darme un baño de esponja durante el invierno, o llevarla fuera y vertérmela por encima con la ayuda de una pequeña cuba en el cobertizo. Había un gran huerto junto a la casa donde crecían repollos, lechugas, rábanos, cebollas, zanahorias y hierbas aromáticas, y un poco más allá había otro cobertizo, bastante más grande que el primero, con algunos animales de granja. La propiedad de El estaba, pues, delimitada por el bosque frontal, que hacía parte de la misma, y el inicio de la montaña en la parte posterior, demarcado por la vertiente. El verdor exuberante de mi entorno me estremeció por su intensidad, y me alegré de haber dejado atrás la ciudad. En cuanto Seokjin partiera, rompería mi último vínculo humano con Viena. Me puse las prendas que había usado durante el viaje y acompañamos a Jin al cruce de caminos.

—Cuando llegues a casa —le dije con la visión empañada —hallarás en tu despacho una carta que escribí para ti. La escondí dentro del libro favorito de papá que está sobre tu escritorio.

—¿Y qué es lo que debes decirme en una carta que no puedas decir ahora? —rio extrañado.

—Hay cosas que solo pueden entenderse en la distancia —respondí, abrazándolo con todas mis fuerzas.

—Me preocuparía si no supiera que en el fondo eres una sentimental como tío, que en paz descanse —afirmó, pero noté que también tenía los ojos encharcados.

—Te extrañaré —dije segundos antes de que el transporte apareciera en el camino, y tuve que soltarlo. El y yo nos quedamos viendo el coche alejarse sin dejar de agitar los brazos en señal de despedida. En cuanto estuvo lo bastante lejos como para que Jin pudiera distinguir algo más que dos figuras borrosas, me eché a llorar desconsoladamente. El pasó su brazo por encima de mi hombro e intentó consolarme en vano:

—Algún día tendrá que visitarnos, ¿no?

—No después de que lea la carta que le escribí —sollocé —YeJi no lo consentirá.

—Él podría desobedecerla si quisiera, hijo.

—Es culpa de ella que tengamos que separarnos —me lamenté —Es su dueña y señora, a veces pienso que se casó con él solo para vengarse de mí, porque estoy convencido de que no lo quiere, mama El.

—Aunque me cueste admitirlo, siempre he sospechado que fue así. Cuando de matrimonios se trata, el odio suele ser un factor más determinante que el amor, especialmente entre las gentes de ciudad —aseveró.

—¿Sabes? —dije sin dejar de llorar —A pesar del gran dolor que me causa pensar en Jin como si fuese un ratoncillo hipnotizado por una serpiente, no me arrepiento de haberme resistido a ella toda la vida.

—¡Por supuesto que no! —exclamó, sus inmensos ojos brillando de cólera —¡Habría devorado tu alma de ser posible!

—¡Tienes razón! ¡Eso es exactamente lo que hacen las YeJis del mundo! —afirmé movido por la revelación de El —Se adueñan lentamente de la voluntad ajena por medio de la falsa moral, enredándose en torno a quienes por naturaleza no se les asemejan hasta sofocar la más queda voz, hasta derrotar el corazón rebelde, quebrantar el espíritu apasionado y alimentarse de las migajas de humanidad que restan.

—Por eso es conveniente ser una oveja negra —dijo con tono socarrón —Son las únicas que saben reconocer al lobo bajo la piel de cordero.

—Y al cordero bajo la piel de lobo —agregué, guiñándole un ojo.

—Ow, mi pequeño rebelde, volvamos a casa —rio —Tenemos mucho que conversar y aún no has desayunado —Insistí en preparar mi propio desayuno pero El no me lo permitió. Su popara era, por supuesto, mucho mejor que el mío, así que no me hice rogar demasiado. Antes de hablar de asuntos prácticos como los diversos tipos de trabajo que yo realizaría a partir de aquel momento, le conté a El acerca de la misteriosa anciana que habíamos visto en la cima de aquella colina. Yo esperaba escucharla reír pero su expresión se tornó sombría y creí detectar genuina inquietud en sus ademanes —¿De veras te miraba a ti? —inquirió.

—No puedo jurarlo —tragué en seco —Estaba muy lejos, por supuesto, pero sí me lo pareció. No creerás que se trate de Youn Yuh-jung, ¿o sí? —El jamás me había mentido. Se cruzó de brazos y, sin apartar sus ojos de mi rostro, dijo:

—No creo que se trate de la mítica Youn Yuh-jung pero, todos los brujos son sus aprendices y, por ende, sus hijos. Aun así, me preocupa más que pueda tratarse de una bruja conocida. Una con motivos justificados para odiar.

—No quiero vestir de negro y llevar pañolón, sabes que soy incapaz de adaptarme a ciertas reglas —objeté, queriendo defenderme de la culpa que sentía por haber desacatado sin querer la tradición de un lugar que respetaba, la cual de todos modos no pensaba obedecer.

—Jamás he creído que algo así pueda ofender a una bruja, hijo. Y, de cualquier modo, no creo que esté enfadada contigo.

—¿Entonces?

—Temo que sea una especie de advertencia. Verás. ¿recuerdas la historia de Pie de Bruja?

—Por supuesto —dije atemorizado —Cada detalle.

—A pesar de que los sucesos ocurrieron hace aproximadamente quince años, lo que te conté no es una simple leyenda. Jimin y su madre existieron y, del mismo modo, aquellos que los sometieron a toda índole de maltratos.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —temblé.

—Nada, Jungkook. Pero no debemos olvidar que la venganza de Jimin aún está pendiente. Quizá su madre haya reconocido entre los viajeros a uno de sus viejos enemigos, o tal vez simplemente sepa que, al mostrarse enfadada ante selectos habitantes de varios pueblos, su mensaje llegará a la gente deseada.

—Nadie dudó en responsabilizarme por su aparición —le recordé —No se habló de Pie de Bruja en ningún momento.

—El transporte que te trajo hasta aquí hace la última parada en el poblado que Jimin maldijo.

—No puede ser —dije con un hilo de voz.

—Así es. Dobro no está muy lejos de aquí —replicó, encendiendo su vieja pipa de madera

—De hecho, voy allá a vender pan y queso una vez por semana, tal y como solía hacerlo antes de partir a Austria. Es por esto que conozco de primera mano la historia de Pie de Bruja y su madre. Aun si algunos de sus habitantes se han marchado, la mayoría de ellos sigue viviendo allí, excepto los que eran demasiado viejos y han muerto ya.

—¿Es decir que piensas que la madre de Jimin nos salió al encuentro en el camino para que los viajeros informen a quienes se marcharon de Dobro que ella y su hijo han regresado para vengarse?

—Es lo único que se me ocurre —respondió, soltando una larga bocanada de humo. Su explicación, por supuesto, no me pareció satisfactoria y no me tranquilizó en lo absoluto. Procedí a contarle entonces el sueño que había tenido la noche anterior —La bruja junto al árbol herrado —caviló —No es una buena señal.

—¿Por qué? —inquirí, sintiendo que mi pecho iba a estallar.

—Bien. Hace mucho tiempo, los criminales y suicidas solían ser enterrados en las encrucijadas. Se creía que la disposición de las vías confundía a los muertos de modo que estos no pudiesen regresar para atormentar a los vivos. Sus almas quedaban vagando en la intersección, sin saber qué rumbo tomar. Pero, además de esto, un cruce de caminos es el lugar donde tradicionalmente una bruja pacta con los espíritus o el diablo.

—En ese caso no tiene nada de raro haber soñado con la bruja justo en la intersección —dije, tratando de consolarme, como si hubiera podido saber algo semejante.

—Tendría sentido si el roble no estuviera cubierto de herraduras, hijo. El hierro repele a los fantasmas, vampiros y hechiceros. Si entiendo tu sueño, y en general soy buena para interpretarlos, este en particular significa que la bruja que viste es inmune a lo que por regla impide que haga uso de sus poderes, y esto solo puede querer decir una cosa: la hechicera que viste fue sometida a un agravio tal que le ha sido concedido vengarse sin que nada ni nadie pueda interceder a favor de sus enemigos.

—Ay, nana, confieso que estoy aterrado.

—¿Tú? —rio —¿Qué podrías haberle hecho a una discípula de Youn Yuh-jung?

—Pero, si no me odia, ¿por qué gesticulaba de ese modo en mi sueño? Olvida el sueño. ¿Por qué lo hizo en el mundo real conforme pasaba el coche y sin quitarme los ojos de encima?

—Veamos —replicó —¿Dices que parecía estar convocando una tormenta? —Asentí —No me parece un gesto de odio —afirmó —Especialmente si está dirigido a alguien que ama las tormentas —En ese instante me sentí a la vez apaciguado y vivificado.

—¿Quieres decir que quizá me estaba haciendo un regalo?

—¿Por qué no? —dijo con expresión pícaro y desafiante —De cualquier modo, podrías hablar con algunos abuelos del pueblo romaní. Son brujos diferentes, quizá más inocentes que los discípulos de Youn Yuh-jung. Te darán una perspectiva fresca de la brujería —Mi corazón dio un vuelco de entusiasmo.

—¿Cuándo podemos ir a ver a los gitanos? —pregunté, conteniendo el deseo de saltar de alegría.

—Pronto —dijo, sonriendo —Pero primero lo primero. Debes aprender a guiar el caballo, a ordeñar la vaca y luego, cuando conozcas mejor el terreno, podrás llevar las ovejas a pastar —No quería lavarme aún pero El dejó muy en claro que debía hacerlo antes de que refrescara, así que me envió a la vertiente para que me diera un chapuzón y lavase de una vez mi ropa sucia. También me pasó la gran palangana del cobertizo para que la retornase llena. Una pequeña piscina natural se formaba sobre la roca lisa justo bajo la cascada, así que puse la tela que El me había dado para secarme en el borde y me quité la ropa una vez me decidí a entrar en el agua, que estaba helada a pesar del calor del verano. Sin embargo, los fuertes rayos del sol traspasaban la superficie límpida del agua y pronto me sentí confortado. Me sumergí por completo unos segundos, disfrutando de la pureza de mi entorno, y creí detectar un objeto brillante en el fondo, así que tomé aire y volví a zambullirme para alcanzarlo con la mano. Al acercarme a él y palparlo, noté que era semicircular y blanco. Emergí tan pronto como pude y exhalé bruscamente, sosteniéndolo ante mí al tanto que me enjugaba los ojos con la mano libre: era una especie de medallón de piedra opalescente. Le faltaba un pequeño trozo en el borde, de modo que parecía una luna ligeramente astillada. Estaba horadado y sujeto a un cordón de cuero negro curtido. Me pregunté si El lo habría perdido y, sin pensarlo dos veces, me lo até alrededor del cuello para no perderlo. Llené la palangana con agua de la vertiente y salí de la piscina para envolverme en el lienzo seco y tibio. A continuación, me puse un viejo pantalón blanco que había traído de Viena y una bonita camisa que El había hecho para mí: era de color rojo y tenía bordados de flores negras, amarillas y blancas. Me calcé las botas de cuero marrón que había usado durante los últimos cinco años y, tras colgar las pendas sucias de una de las sogas que El había atado entre dos palos a modo de tendedero, dejé la palangana llena en el cobertizo. Entonces entré a la casa sintiéndome más limpio que en toda mi vida —Tendrás que coserle el dobladillo a ese pantalón —dijo El, mirándome desde el mesón donde picaba verduras —Se arrastra y vas a terminar por romperlo.

—Oh, El, mi amada mama El, sabes de sobra que jamás me molestaría en remendar una prenda de vestir a menos que fuese estrictamente necesario —Ella se limitó a reír y me envió a tomar hierbas aromáticas del huerto, así que no me dio tiempo de enseñarle el medallón que había encontrado. A continuación, me pidió que tomara tres huevos del gallinero y luego amasé el trigo molido mientras pensaba en la carta que le había escrito a Jin. La había enmendado y roto tantas veces que terminé por memorizarla:

Viena, julio 2 de 1892

Querido primo:

Mañana partiremos a Voivodina y solo uno de los dos retornará a Austria. No me refiero a los dos meses que se supone pasaré en casa de El para meditar acerca del curso que debe tomar mi vida. Me refiero a que nunca voy a regresar a nuestra tierra natal. Eres mi amigo más cercano y mi única familia, pero te uniste a una mujer a quien entregaste voluntariamente el poder de tomar todas tus decisiones. Quiero hablarte, precisamente, de la belleza que encierra la posibilidad de elegir. Seokjin, no voy a permitir que YeJi decida a través de ti qué he de hacer o cómo he de vivir. Muy por el contrario, puesto que no hay nada que aprecie más que mi libre albedrío (y si me estimas sinceramente debes respetarlo), debo informarte, sin quejas y sin excusas, que si quieres que regrese a Viena tendrás que matarme primero, y aun así, mi última voluntad es que me entierren en las montañas de Vršac. Sé que YeJi tiene la esperanza de que mi espíritu se aplaque con un poco de trabajo físico y de tal modo baje la cabeza, asustado de vivir, entregándole al fin las riendas de mi porvenir. Eso jamás va a

ocurrir. Sabes de sobra que nunca he creído que la dignidad del hombre se encuentre en su comodidad o en el respeto que le profesan sus semejantes, y de cualquier modo no tengo ninguna intención de ser respetado por YeJi y su familia. He esperado pacientemente el momento de huir de la sofocante cárcel de su casa (que no ha sido mi hogar) solo porque el amor de El y su comprensión me han sostenido en la distancia. Sin embargo, es menester que sepas que no pienso casarme. Me rehúso a cambiar una vieja esclavitud por una nueva y eterna. Sé que piensas que esto se debe a que nunca me he enamorado y que, si YeJi intenta meterme por los ojos alguna hermosa marioneta cuyas monerías me deslumbren, cambiaré de opinión. No. Absolutamente no. Si llegase a aceptar la creación de un vínculo matrimonial como única opción de vida, me odiaría a mí mismo y odiaría a mi prometida, pues no habría elección real sino que esta sería un producto de la necesidad y la resignación... y, cada vez que nos resignamos en vano, morimos un poco. Nos llenamos, además, de un rencor profundo y quedo que se nutre de cada una de nuestras debilidades, una apatía que nos devora lentamente, enfermándonos, entorpeciéndonos, anulándonos. Puesto que consideras que ya cumpliste con el deber de educarme como papá lo quiso, y puesto que estoy en capacidad de depender de mí mismo, debo comunicarte mi deseo de convertirme en un feliz solterón campesino. Transferí toda mi herencia a un banco cercano de modo que El y yo podremos vivir tranquilamente ya que no nos faltará un techo seguro. Te repito enfáticamente que no hay poder humano capaz de hacerme regresar a Austria. Sé que YeJi no te permitirá visitarme y también sé que, puesto que decidiste convertirte en su esclavo y sucumbir lentamente bajo su yugo, le obedecerás. No me odies por decir lo que ya sabes, Jin. Al menos elegiste tu prisión. Permíteme, si me quieres, elegir la libertad. Me refiero, por supuesto, a que me des tu bendición, así sea solo para tus adentros. Alégrate por mí. En cuanto a tu capacidad de obligarme a reconsiderar lo que deseo o aconsejarme cualquier cosa que complazca a tu mujer, debes saber que esta es nula. Siempre he sido voluntarioso, no me obligues a huir de Voivodina también. Nunca volverías a saber de mí. Soy consciente de que no te veré de nuevo a menos que enviudes, pero continuaré escribiéndote a casa del profesor Klaus. En cuanto a YeJi, tendrás que darle tú solo la noticia de que ya no podrá torturarme más. No sé cómo harás para atenuar semejante golpe, por mí puedes mentirle si así lo deseas, eso te evitará varios meses de confrontaciones si lo planeas con cuidado. Puedes decirle que caí de un barranco o que fui devorado por lobos. En fin, es solo una idea, deja volar tu imaginación.

¡Adiós! Procuraré que mi alegría sea la de los dos.

Tu primo que te quiere,

JUNGKOOK.

Reí al imaginar la cara de miedo de Jin al lidiar con su mujer ahora que yo no retornaría. Durante los últimos meses yo había sido una especie de escudo para él, una distracción útil que desviaba la vigilancia de YeJi y evitaba que él fuese blanco de la misma. Ella ya no podría quejarse de mí y ahora necesariamente empezaría a hacerle la vida imposible a mi primo. Era apenas justo que se enterara de quién era su esposa.

—¿De qué ríes? —preguntó El desde el hogar.

—Recordaba la carta que le escribí a Jin. Algunos hombres no saben quién es la mujer con quien han decidido compartir su vida hasta que se quedan a solas con ella —respondí, regodeándome en la situación con malicia.

—¡Cierto! —rio —Espera, ¿qué es eso que llevas alrededor del cuello?

—¡Oh, olvidé enseñártelo! —dije, aproximándome a ella para que pudiera observarlo en detalle —Lo encontré en el fondo de la alberca cuando me bañaba. ¿Es tuyo?

—No, pero es muy bonito. Alguien debe haberlo perdido en lo alto de las montañas y la corriente probablemente lo arrastró hasta aquí. La piedra está partida... y además está desgastada. Es muy suave al tacto, debe ser viejo.

—¿Crees que puedo quedármelo? —pregunté contento.

—Ya es tuyo —dijo —El que lo encuentra se lo queda, dicen. ¿No has oído decir que las cosas son de quien las halla?

—Por supuesto, nana, bien citaste el viejo refrán: su guardián ya lo encontró, buscará quien lo perdió. Es curioso. Aunque su significado parece haber emergido de la antigua ley romana, estoy bastante seguro de que el provincialismo que conocemos es de origen bárbaro —apunté, recordando que papá me lo había enseñado en una singular recopilación de dichos que los ingleses habían heredado del pueblo godo —Pues bien, me conviene, así que lo aplicaré.

—Vaya, ¿quién iba a pensar que el campo te iba a hacer tan vanidoso? —bromeó.

—¡Es cierto! —dije, riendo —Estar contigo en un lugar tan bello tiene un efecto indescriptible en mi ánimo. Me siento.

—¿Bonito? —inquirió extrañado.

—¡Por Dios, no! —reí, descartando tal absurdo —Me siento poderoso —expliqué, guiñándole un ojo.

—Bien, espero que te sientas especialmente poderoso cuando vayamos a ordeñar la vaca. Lo hago todos los días al amanecer y a las seis de la tarde. Debemos hacerlo con exactitud a diario, con doce horas de diferencia entre cada ordeñada. Vas a ser de gran ayuda para mí.

—Estoy ansioso por aprender —afirmé, sonriendo. Comimos lechugas frescas y gibanica, un delicioso pastel de hojaldre y queso blanco, mientras ponderábamos si debíamos comprar más ganado. La pequeña granja contaba con suficientes animales y hortalizas para abastecer a dos personas, por lo cual era bastante próspera. Además de vender pan y queso, El trabajaba con otros paisanos en los sembrados que pertenecían a grandes terratenientes, lo cual yo haría también cuando llegara el momento de la cosecha. La familia de El se había establecido en Raskrsnica, así que El era de la opinión que, mientras continuásemos viviendo cerca de su hijo, sus sobrinos y hermanos, no nos faltaría nada. Tras enterrar las cáscaras de los huevos en el lugar designado para preparar abono, nos dirigimos al establo con un balde vacío. Mesto, la vaca lechera de pintas blancas y negras, no se resistió a mí en absoluto y lo tomé como un triunfo: deseaba ser un experto granjero en poco tiempo. Puesto que, dadas mis circunstancias, era poco probable que algún día llegase a ser un científico tan célebre

como lo había sido mi padre, aprendería la ciencia del campo y los ciclos de la naturaleza de primera mano. El estaba admirada: Mesto nunca había dado tanta leche como cuando yo la ordeñé. Parecía desear obedecerme con suma docilidad y cariño. Mi nana me dejó a solas en el establo mientras limpiaba el gallinero, y yo procedí a barrer y alimentar a las bestias como ella había demostrado. Al terminar, extinguí la llama de la pequeña lámpara de aceite que debía permanecer en el cobertizo y salí. Llamé a El pero no respondió, por lo que supuse que había regresado a la cabaña. Cerré el establo con el pesado listón de madera que sujetaba la puerta desde el exterior y noté que había oscurecido. Todo se había tornado negro excepto el cielo, que tenía un tinte azulado. De repente, tuve la fuerte impresión de que alguien me observaba desde la colina. Fijé la vista en los árboles y me quedé muy quieto, atento a cualquier movimiento insólito entre la vegetación. Sabía que en las montañas de Vršac había lobos, zorros y jabalíes salvajes, pero no era eso lo que me atemorizaba: sentía la perversidad de una mirada humana sobre mí. Nunca me consideré una persona cobarde, pero empecé a temblar a pesar de mí mismo, como si se tratase de una reacción fisiológica y no de una emocional. Pocos segundos después, tras hacer un esfuerzo casi sobrehumano por recuperar el control de mis propias reacciones, descubrí que no temblaba sino que se trataba de una vibración primaria que nunca antes había experimentado, una fuerza protectora que provenía de mi interior. Decidí no luchar contra ella hasta sofocarla sino más bien seguirla, como si se tratase de una guía intuitiva. Sentí el impulso de moverme y hacer un giro completo con los brazos extendidos ante mí, como describiendo un círculo a mi alrededor, para finalmente izar las palmas de mis manos hacia el lugar de donde provenía la mirada —¡Estoy sellado! —grité, y mi voz fue mucho más profunda y contundente de lo que acostumbraba ser. No hubo vacilación a pesar de que no comprendía por qué había exclamado aquella frase en perfecto latín. Era como si me hubiese adentrado en un sueño, o como si el mundo de los sueños se hubiese apoderado de la realidad y yo estuviese simplemente obrando sin la restricción de la lógica o las leyes de la física. Una carcajada ronca resonó entre los árboles, los cuales se mecieron violentamente, casi como si la tierra estuviese temblando.

—¡Jungkook! —La voz de El llegó hasta mí desde la ventana de la cabaña y, tal y como si nada hubiese ocurrido, el movimiento de los árboles cesó, al tanto que la vibración desaparecía por completo. Ya podía distinguir mi entorno con claridad, como si nunca hubiese oscurecido. De hecho, el sol apenas estaba por ponerse y los arboles del atardecer acariciaban la base de las nubes. Lo único que quedó de aquellos extraños acontecimientos fue su recuerdo, el cual compartía solamente con quien los había desatado —¡Hijo, ven a casa! —insistió El.

—¡Voy! —repliqué para tranquilizarla y, tras echar una última mirada a la montaña, supe que quien se escondía allí hacía solo unos instantes había desaparecido.